

## FAMILIA, LIBERTAD Y PODER. REFLEXIONES FILOSÓFICAS

José María Aguirre Oraa\*

1. Cuando Joaquín Giró me propuso que ofreciera unas reflexiones filosóficas sobre la familia dentro de este ciclo de conferencias, inmediatamente acepté por amistad con él, pero desde el primer momento me asaltaron bastantes dudas de si no me había metido en un terreno minado o al menos pantanoso. ¿Qué podría decir de original y de oportuno un filósofo en este terreno y además dentro de un ciclo en el que se aborda esta cuestión dentro de parámetros fundamentalmente sociológicos e históricos? Cuando uno ha reflexionado o reflexiona sobre esta cuestión, rápidamente se da cuenta de la complejidad de la realidad y del gran número de cuestiones que están implicadas en ella, como veremos en el desarrollo de esta conferencia. Por ello la tarea que se me pedía no era fácil.

Como se me requiere una aportación desde el campo de la filosofía, inmediatamente surge la cuestión de cómo abordar y tratar este tema. ¿Qué es lo que tendría que hacer?: ¿me lanzaría a una reflexión sobre las experiencias vividas o conocidas por mí para extraer ciertas perspectivas generales?, ¿buscaría textos de autores clásicos de la reflexión filosófica para apuntalar y ofrecer unas perspectivas sugerentes? La verdad es que tengo mis ideas sobre el tema, pero no me había dedicado expresamente a ofrecer una perspectiva de carácter filosófico sobre la cuestión.

Al final, como la reflexión es siempre una aventura ilimitada, un proceder crítico que busca nuevas verdades y nuevos horizontes, me sentí atraído por la idea de explorar este terreno. ¿No será precisamente interesante ofrecer unas perspectivas de reflexión que vayan «más allá» de los análisis sociológicos e históricos, no para suprimirlos, sino para «transcender» sus límites y abrirse, si es posible, a una perspectiva más global? Quizás diga cuatro perogrulladas y no

---

\* Profesor de Filosofía. Universidad de La Rioja..

os sorprenda con unas reflexiones originales y llamativas sobre el tema, pero al menos serán perspectivas pensadas y ofrecidas a la reflexión y evidentemente al debate posterior al que os invito.

Los filósofos tenemos tendencia a buscar una reflexión global, una perspectiva de totalidad (de la totalidad de la vida humana o de la totalidad de un fenómeno o realidad), lo que es a la vez nuestra gloria y nuestra miseria. Nuestra gloria, porque siempre buscamos apuntar más alto o más lejos, es decir llegar a explicaciones más profundas y radicales. No afirmo que siempre se consiga esto en la reflexión filosófica, digo que siempre apuntamos a ello, buscamos ese objetivo. Evidentemente la justeza de nuestro tiro, de nuestro objetivo, la tienen que valorar luego los lectores o los oyentes. Pero también es nuestra miseria, insisto, porque esta pretensión puede paralizar y arruinar nuestras reflexiones, esterilizando nuestro pensamiento. No podemos decir la palabra última y definitiva sobre aquello de lo que hablamos o reflexionamos, de esto somos cada vez más conscientes, pero tampoco esto debe ser excusa para no pronunciar ninguna palabra hasta que no alcancemos una comprensión global y con afán de totalidad. No nos queda más remedio que seguir anhelando y buscando esta meta a través de las aventuras concretas y limitadas del pensar, a través de exploraciones concretas, parciales y hasta balbucientes que nos encaminen hacia ella. Jean Ladrière lo señala así: «La autocomprensión de la realidad humana por ella misma no se realiza de un golpe y no sabemos incluso, de una vez por todas, lo que este proyecto puede significar exactamente. Se trata de un proyecto que debe comprenderse a sí mismo realizándose y esta realización está ligada necesariamente al desarrollo general de la cultura en la cual las posibilidades de la razón aparecen y toman forma»<sup>1</sup>.

Porque esta es la pretensión inmemorial de la filosofía, aunque a veces su ropaje, su expresión y sus conceptos parezcan tan exotéricos e inaccesibles: ofrecer pensamientos para orientar nuestra vida, no hacer especulaciones vacías, gratuitas y elitistas. Decía un filósofo (no un profesor de filosofía), un pensador de comienzos de nuestra época moderna, el gran Descartes: la razón es el bien mejor repartido entre los hombres, el más igualitario de todos los bienes, aquello a lo que los más tienen acceso. Y esto significa también en concreto que la razón es un bien que se puede compartir entre los hombres. Ahora bien, ¿de dónde sacará la filosofía sus planteamientos, sus recursos, su inspiración?; ¿de su propio seno?, ¿de su propio acerbo conceptual? Maurice Merleau-Ponty señalaba que la filosofía empieza no antes, sino después del conocimiento científico, después del conocimiento de las ciencias humanas, después de la experiencia humana expresada en sabiduría o en conocimiento científico o en concomitancia con ella. «No hay autonomía de la filosofía antes, sino después de las ciencias»<sup>2</sup>. La filosofía no posee una independencia conceptual que le

1. LADRIERE J., *Vie sociale et destinée*, Gembloux, Duculot, 1973, p. 21.

2. MERLEAU-PONTY M., «La philosophie et la sociologie», en *Signes*, Paris, 1960, p. 136.

permita articular una reflexión sin relación con la experiencia humana en su conjunto, sea saber popular o saber científico. Pero sí puede ofrecer una perspectiva que va más allá del objetivismo de las ciencias, al llevar a cabo una reflexión sobre la praxis y los objetos científicos, es decir una autoreflexión de la razón misma partiendo de su praxis científica. «De ahí que la reflexión filosófica tendría respecto a las ciencias una función fundamentante, crítica (eliminadora del fetiche de la objetividad o de la objetividad como fetiche) y de colaboración positiva, cuestionándola, abriéndole perspectivas y proponiéndole tareas nuevas»<sup>3</sup>. Porque la filosofía es precisamente y siempre ruptura con el objetivismo, retorno de los objetos a su fundamental constitución en el mundo de la vida, en el medio de la intersubjetividad humana, en la vida social que no es un conjunto de objetos, sino fundamentalmente mi situación con otros en el mundo. «La renuncia al aparato explicativo del sistema no hace caer a la filosofía al rango de un auxiliar o un propagandista del saber objetivo, ya que ella dispone de una dimensión propia, que es la de la coexistencia, no como hecho realizado y objeto de contemplación, sino como acontecimiento perpetuo y medio de la *praxis universal*. La filosofía es irremplazable porque ella nos revela el movimiento por el cual vidas se convierten en verdades, y la circularidad de este ser singular que, en cierto sentido, ya es todo lo que él *alcanza a pensar*»<sup>4</sup>. Conciliar la experiencia y la razón sigue siendo una de las tareas fundamentales de la reflexión filosófica.

2. Estaba pensando en estas cuestiones, cuando me encontré en la biblioteca con una entrevista que le hacían a Luis Zarraluqui, presidente de la Asociación Española de Abogados de Familia. En ella decía textualmente: «Se ha dicho que el modelo tradicional de familia está en crisis, pero ahí sigue. Es cierto que ha habido una evolución importante. Antes se discutía menos porque no se hablaban. No vivían en pareja, dormían juntos y llevaban vidas paralelas: la mujer en la casa, con los hijos, y el hombre en el trabajo, en el casino y con querida. Lo que mi experiencia sí me ha demostrado es que, en el entorno humano, las que inician la separación casi siempre son las mujeres; mientras que los hombres son los que piden el divorcio, porque no saben estar solos y quieren volver a casarse. Hoy en día, hay mucha gente que opta por unirse sin casarse, porque no existen barreras sociales para ello. Sin embargo, la mayoría de las parejas de hecho, cuando se siente segura y van a tener un hijo, decide casarse». Primera observación que señalo a bote pronto: me da la impresión de que sus palabras se refieren a las familias «burguesas», las familias de clase media alta, en la que los maridos podrían tener amante e ir al casino, y no a las familias más comunes, a las que la vida no les permite disfrutar de tales «privile-

3. MANZANA J., «El estatuto teórico de la filosofía», en AGUIRRE J. M. – INSAUSTI X., *Obras Completas de José Manzana (1928-1978)*, Vitoria, Diputación Foral de Alava, 1999, p. 797.

4. MERLEAU-PONTY M., *Eloge de la philosophie*, Paris, Gallimard, 1960, p. 143.

gios». Pero sí es verdad en general, y esta es la observación principal de este texto y lo que quiero destacar, que la familia, la estructura familiar, aun estando en una situación de crisis, sigue ahí, «resiste», podríamos decir. Y cuando un fenómeno «resiste», hay que preguntarse el por qué, las razones de esta subsistencia. Nada surge del vacío y de la nada, ni se mantiene porque sí. Incluso podríamos señalar que las crisis por las que atraviesa la institución familiar pueden ser signo y muestra precisamente de sus modificaciones, de sus evoluciones, de sus cambios, incluso importantes, pero no de su disolución.

Este dato enlaza con los resultados de una encuesta sociológica realizada por la Fundación Santa María en 1999 entre los jóvenes españoles, de la que me llamó poderosamente la atención un dato significativo: la familia era la institución más valorada por los jóvenes. Incluso en el terreno de los valores apreciados por los jóvenes aparece esta alta estimación. «La familia es para el 70 % de los jóvenes lo más importante de sus vidas, por encima del trabajo, el dinero y los amigos». Parecido panorama nos presenta un filósofo francés, Gilles Lipovetsky: «Hasta hace poco, la familia era objeto de acusaciones vehementes, una juventud ávida de libertad la asimilaba a una instancia alienante, una movilidad rebelde a una estructura reproductora de relaciones de propiedad y de dominación represiva. Giro de 180 grados: en la actualidad en el hit-parade de los valores, la familia ha dejado de ser esa esfera de la que se buscaba escapar lo antes posible, los jóvenes cohabitan cada vez más tiempo con sus padres, el *cocooning* convertido en estrella, los adolescentes en su gran mayoría declaran que se entienden correctamente con sus padres»<sup>5</sup>.

La familia es la única institución por la cual una gran mayoría de los europeos declaran estar dispuestos a sacrificar todo, incluso su propia vida. En 1987, 7 de cada 10 franceses afirmaban que la familia es el único lugar donde uno se siente bien y tranquilo, más de 8 sobre 10 jóvenes consideraban que sus padres cumplían muy bien o bastante bien con sus roles.... La consigna «Familia, te odio» sólo había sido un grito provisional, un paréntesis de protesta ya cerrado.

Quisiera hacer tres apuntes a partir de estos datos y de estas realidades. En primer lugar quisiera señalar que a pesar de que se ha dicho que la familia está en crisis, *la familia ahí sigue*, «resiste», decíamos. Creo que se han debilitado las ingenuas utopías que anunciaban el final de la familia como institución social, aunque también carecen de credibilidad los huecos ditirambos a favor de la institución familiar con sesgos tradicionales, porque la estructura familiar está cambiando a pasos agigantados (como ha cambiado por lo demás a través de la historia). La familia se apoya sobre la condición humana, condición frágil, aunque duradera. Así es la familia: duradera y frágil al mismo tiempo.

---

5. LIPOVETSKY G., *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona, Anagrama, 1994, p. 159.

En segundo lugar conviene poner de manifiesto que la familia ha experimentado *profundas transformaciones*, no continúa teniendo las mismas características de décadas pasadas. Podemos detectar cómo se ha reducido el autoritarismo paterno, la independencia económica y mental de la mujer le ha hecho emerger con más fuerza en todos los ámbitos, las relaciones dentro de la familia se han hecho más horizontales. Y evidentemente ha cambiado respecto a épocas anteriores donde la familia tenía una extensión mayor, una estructura más amplia que abarcaba desde los abuelos hasta los nietos. Todo ello es claro indicio de que la institución familiar ha experimentado una evolución importante. Las investigaciones antropológicas e históricas nos muestran que la familia se ha transformado bastante a lo largo de la historia, ya que sobre ella (como sobre cualquier institución) operan los constantes cambios económicos, relacionales y culturales que se dan en las sociedades en sus diferentes procesos históricos. Las conferencias de estos días así lo muestran con una concreción reveladora.

Pasemos al tercer apunte que quisiera indicar. La familia (evidentemente la buena familia) es *la institución más altamente valorada* por los jóvenes, la más apreciada, lo cual viene a significar que se le atribuye un valor que para nada está en baja, sino en alza. Las razones de esto serán muchas y variadas. Quizás esta valoración es alta, entre otras razones, porque la complejidad institucional y funcional de nuestras sociedades funcionaliza excesivamente la vida, la despersonaliza y hace que el individuo busque células pequeñas de relación y acogida, espacios de encuentro y de libertad. Quizás. Habría que investigar más en profundidad esta veta de análisis, pero sigue siendo muy importante esta alta valoración de la familia en nuestra coyuntura histórica, lo cual evidencia que se trata de una institución que «conecta» significativamente con los deseos y las expectativas de realización de la personas. No se ve como un espacio de deshumanización, sino al contrario como un espacio de posibilidades de realización humana.

**3.** Todavía recuerdo con nitidez aquella importante estratificación sociológica acuñada por la ideología del franquismo, que afirmaba que la vida humana se organizaba en tres realidades «naturales»: la familia, el municipio y el sindicato. Consecuentemente la representación política se realizaba, fuera de los partidos que arruinaban y destruían la convivencia social, dentro de estos tres cauces. La familia era la primera realidad natural de una sociedad. Como contrapunto totalmente antagónico estaba una visión marxista ortodoxa (recordad a Engels y su libro *Sobre el origen de la familia, la propiedad y el Estado*) que preconizaba un origen histórico de la familia totalmente ligado a la propiedad y a la economía. En los orígenes de la humanidad estaba la comuna primitiva, con la comunidad de bienes y de mujeres (de paso señalo que esta concepción era bastante machista; si no recuerdo mal no aparecía la comunidad de hombres, sino la de mujeres). La utopía del futuro, la sociedad comunista emancipada y no alienada, venía fundamentada también por una visión utópica del pasado: la comuna primitiva que la civilización humana había destruido en su devenir histórico.

Yo diría que ni tanto (constitución «natural» de la familia), ni tan calvo (comunidad «idílica» de bienes y de mujeres). Los estudios antropológicos nos han mostrado las diferentes configuraciones, según civilizaciones, de las instituciones humanas, y entre ellas de la familia: familias extensas o restringidas, familias monógamas o polígamas, familias patrilineales o matrilineales, familias rurales o ciudadanas, familias burguesas o proletarias... Sin ser un especialista en estos temas (podremos debatir esta cuestión en el coloquio posterior), podemos decir que todo ello nos habla de la *plasticidad esencialmente cultural de la estructura familiar*. La familia, tal como la conocemos, no es un producto natural que se mantiene generación tras generación, sino que es un producto cultural humano que se ha configurado de diferentes modos a través de la historia humana. Esto no menoscaba la «dignidad» de esta institución (su valor funcional y humano), sino que la sitúa en su justo lugar, como producto de la cultura humana en su proceso de humanización constante. Hay que recordar que el hombre es precisamente desde sus orígenes y estructuralmente un *animal cultural*. Desde el primer momento de su vida comienza a hacer cultura: fuego, utensilios, lenguaje, alojamiento, arte, religión... ¿Cómo no va a crear la familia también, como espacio para la satisfacción y realización de sus «necesidades» de todo tipo?

Por eso hay que afirmar la creación cultural de la familia por parte del hombre, para emanciparse de la fuerza bruta de la naturaleza. Esto no quiere decir que la familia no tenga raíces naturales, al revés, tiene su basamento en dimensiones biológico-naturales humanas (la paternidad, la maternidad, la filiación, la sanguinidad). Pero, el hombre configura estas funciones de manera creativa, libre, según sus estructuras socio-económicas y sus concepciones de todo tipo: de ahí la diversa configuración de las familias según civilizaciones y según períodos históricos. Que esta configuración sea libre, no supone afirmar que sea arbitraria y antojadiza, sino en consonancia, en conexión o entroncada con las claves que nos ofrece la naturaleza humana, pero de una manera esencialmente plástica.

4. Otro aspecto importante, ligado a lo anterior, sería la dimensión *humanizadora* de la familia. La única manera de entrar en el mundo, de ser-en-el-mundo y abrirse a los otros es a través de la unión humana de dos seres. Yo sé que actualmente se puede llegar biológicamente al mundo por la unión genética artificial de espermatozoides y óvulos, pero cabe preguntarse si se llega humanamente al mundo así, porque inmediatamente hay que acompañar esta vida surgida con el cuidado de dos seres (normalmente) que ayuden al desarrollo del recién nacido.

Pero sigamos. Una persona se abre al mundo y a los otros en primer lugar por la familia (legal o de hecho, para lo que estamos hablando es igual). Por ella puede superar sus deficiencias biológicas y humanas y superar el mero emplazamiento natural. No hay manera de crecer biológicamente, de desarrollar la personalidad, de aprender a hablar, de aprender historias y símbolos, de acoger

valores y perspectivas sin la mediación de la familia. Al hombre le sucede que no puede abrirse a la globalidad de la realidad, a toda la riqueza de perspectivas más que a través de una inserción concreta, que le sirva de trampolín para futuros vuelos. No tiene más remedio que asumir su realidad de animal biológicamente deficiente e insertarse en todo el esfuerzo civilizatorio que ha realizado la humanidad para compensar precisamente su deficiencia. La familia *humaniza*, y como veo ciertas caras escépticas diré: *puede humanizar*.

Esta función humanizadora de la familia se pone de manifiesto en una doble vertiente: en su *dinamismo personalizador* y en su *fuerza socializadora*. Evidentemente esto no significa cerrar los ojos ante realidades deshumanizadoras que existen y persisten en las relaciones familiares: machismo, violencia física y psicológica sobre las mujeres, autoritarismo y malos tratos a hijos, intereses poco «nobles» en la constitución o en la continuación de unidades familiares. Pero esto no invalida el que también existan muchas familias que de una manera u otra vayan en esta línea humanizadora.

La institución familiar es el ámbito adecuado para la conformación del ser humano como sujeto, como persona. Esta función personalizadora se realiza a través de los siguientes dinamismos. En primer lugar posibilita la integración del «yo», plasmando así la personalidad integral del ser humano como sujeto. La presencia y la influencia de los modelos distintos y complementarios del padre y de la madre (masculino y femenino), el vínculo del afecto mutuo, el clima de confianza e intimidad, respeto y libertad, todo esto converge para que la familia se vuelva capaz de plasmar personalidades fuertes y equilibradas para la sociedad. En segundo lugar abre cauces para el desarrollo de la relación interpersonal por la que se consigue la estabilidad afectiva. Las relaciones entre los miembros de la comunidad familiar están inspiradas por la ley de la «gratuidad» que, respetando y favoreciendo en todos y cada uno la dignidad personal como único título de valor, se hace acogida cordial, encuentro y diálogo, disponibilidad desinteresada, solidaridad profunda.

Pero además la función personalizadora de la familia no puede entenderse de manera privatística. La promoción de una madura relación de personas en la familia se convierte en la primera e insustituible escuela de sociabilidad. Permite implantar un sistema de relaciones sociales sobre los valores que constituyen el «clima familiar», es decir, el respeto, la justicia, el diálogo y el amor. Contrarresta la fuerza despersonalizadora y masificadora de la vida social. De cara a una sociedad que corre el peligro de ser cada vez más despersonalizada y masificada y por tanto inhumana y deshumanizadora, con los resultados negativos de tantas formas de evasión, la familia posee y comunica todavía hoy energías formidables capaces de sacar al hombre del anonimato, de mantenerlo consciente de su dignidad personal, de enriquecerlo con profunda humanidad y de insertarlo con su unidad e irrepetibilidad en el tejido de la sociedad.

5. Esto nos conduce a otro punto de reflexión. Lipovetsky, el autor que hemos citado antes, señala que esta «rehabilitación» de la familia no significa el regreso a los tradicionales deberes familiares prescritos por la «moral burguesa». En las sociedades contemporáneas celebramos la familia, pero bastante menos las obligaciones incondicionales de antaño. El culto a la familia se ha vaciado de sus antiguas prescripciones obligatorias en beneficio de la íntima realización y de los derechos del individuo libre. ¿Por qué? No hay más que fijarse bien: se cree en el derecho a la libre unión, a la separación de los cónyuges, en el derecho a la contracepción, a la maternidad fuera del matrimonio, a la familia poco numerosa... El único matrimonio legítimo es el que procura «felicidad». Pese a cotizarse otra vez en la bolsa de valores, la familia se ha reciclado por la lógica de la autonomía individualista.

¿Qué queda de la moral familiar tradicional en la era de los bancos genéticos, de los embriones congelados, de la inseminación artificial y de la fecundación *in vitro*? En muy poco tiempo, estos métodos han trastocado los conceptos tradicionales de paternidad, de maternidad y de filiación: una mujer puede ser fecundada por un genitor anónimo o por un hombre muerto, la mujer genitora y la mujer gestadora pueden estar disociadas, la madre de una mujer puede traer al mundo al hijo de su propia hija. Cantidad de cuestiones nuevas, cantidad de problemas morales nuevos, dadas las nuevas realidades emergentes.

Evidentemente no es mi intención adentrarme en cada una de las cuestiones planteadas, lo que requeriría una reflexión adecuada a cada problemática. Lo que intento simplemente es abrir una perspectiva sobre las cuestiones que emergen y señalar las tendencias generales sobre las que hay que pensar. Con las nuevas técnicas de reproducción, la procreación de un hijo sin padre, la maternidad y la paternidad sin relación sexual se han vuelto posibles. Por ello Lipovetsky señala que «no asistimos al resurgimiento del orden familiar sino a su disolución posmoralista, no es el deber de procrear y de casarse el que nos caracteriza, es el derecho individualista al hijo, aunque sea fuera de los lazos conyugales»<sup>6</sup>. Por eso la familia, lejos de considerarse un fin en sí misma, se ha convertido en una prótesis individualista en la que los derechos y los deseos subjetivos prevalecen sobre las obligaciones categóricas. Ya no se respeta la familia en sí, sino la familia como instrumento de realización de las personas, la institución «obligatoria» se ha metamorfoseado en institución emocional y flexible.

Esto se puede observar también en el descenso acusado de la maternidad en los países económicamente más fuertes, hecho al que no hay que asociar necesariamente una visión catastrofista. Hay menos familias numerosas que antes, pero cada vez hay más parejas que tienen más de un hijo. Sin duda las tasas de fecundidad bajan entre las mujeres jóvenes, pero aumentan entre las mujeres de mayor edad que tendencialmente retrasan los nacimientos de los hijos desea-

---

6. ID., 161.



dos. No hay ninguna tendencia acusada e ineluctable a una fecundidad a la baja: la dinámica neo-individualista no significa rechazo del hijo, sino el hijo cuando se quiera y en el número que se quiera. Es una visión muy reduccionista asimilar el individualismo a la mónada narcisista sin más deseo que el yo puro. Sea cual sea la amplitud del culto a la autonomía, a la salud y a la juventud, las parejas desean y tienen estadísticamente entre dos y tres hijos (todavía esta tendencia en España no está registrada como en el resto de Europa). No se trata de sacrificar la propia vida íntima o profesional con nacimientos multiplicados, pero tampoco es cuestión de privarse de las variadas alegrías de tener hijos. «Aunque la cultura neoindividualista puede hacer oscilar los índices de fecundidad, no es asimilable a una máquina de guerra orientada contra la natalidad, en una época en la que precisamente no se quiere renunciar a nada y en la que el hijo forma parte integrante de la calidad total de la existencia»<sup>7</sup>.

Evidentemente habría que valorar en profundidad estos nuevos planteamientos que cada vez tienen más carta de ciudadanía en nuestras sociedades. No hay más remedio que conocer y escrutar en profundidad la realidad, pero también hay que reflexionar sobre ella, valorarla, porque no todo lo que existe o emerge en la civilización humana es digno de ser aprobado por el mero hecho de su existencia. Sabemos que existen la explotación, el robo, el asesinato; ¿tienen que tener carta de ciudadanía por ello, deben ser justificados por el solo hecho de su existencia? Ciertamente no. Los nuevos planteamientos indicados anteriormente señalan por una parte la emergencia de una concepción moral general asentada sobre los valores de la autonomía, los derechos del individuo (sea padre o madre, esposo o esposa, hijo) frente a morales de «sacrificio» y «carga moral», lo cual es, a mi juicio un progreso teórico y práctico en la tarea humanizadora. No hay deberes «impuestos» atávicamente, «porque así se hizo siempre», «porque la naturaleza lo indica así». Hay derechos y deberes de todos y para todos, para el respeto y la promoción de la dignidad de todos. Sin embargo, a veces esta concepción es pensada y ejercida de manera pulsionalmente individualista y encapsulada en el «yo». Por ello estos valores de autonomía y realización personal tienen que asumir en su propia dinámica la necesaria «exigencia» moral del respeto a los derechos de los otros y de la solidaridad inherente a las relaciones humanas, sobre todo en lo referente a las relaciones y proyectos familiares. No se trata de restaurar «moralinas» trasnochadas, sino de *profundizar en las implicaciones morales* (evidentemente derechos y deberes, exigencias morales) de las responsabilidades asumidas.

**6.** El poder y la libertad constituyen ingredientes consustanciales a las relaciones familiares y merecen una atención especial y una reflexión adecuada, dado además que siempre habrá una tensión entre ellos. El microcosmos que representa la familia por una parte reproduce y alimenta todas las contradicciones

---

7. ID., 164.

sociales pero también de manera alternativa puede constituir un espacio y una estructura de contestación social. Todo depende de la orientación que se le imprima a la estructura familiar. Tradicionalmente la familia ha tenido una gran carga de autoridad paterna (autoritarismo), de relaciones verticales y de reproducción jerárquica del orden de la vida social. Pero a medida que intelectual y prácticamente se reivindicaba la autonomía de las personas en el orden social y político (pasando de la condición de súbditos a la de ciudadanos), estas mismas perspectivas penetraban también en la realidad de la familia, insertada como está en la misma realidad social.

Incluso se puede afirmar que las relaciones paterno-familiares han experimentado un vuelco radical. En la actualidad, la educación de tipo liberal psicológico y los valores de libertad individual actúan en la reducción y aún en la destrucción del sentido de los deberes filiales: ya no se educa a los niños para que honren a sus padres sino para que sean felices, para que se conviertan en individuos autónomos, dueños de sus vidas y de sus afectos. La dinámica post-moralista que privilegia los derechos subjetivos refuerza, sin embargo, el sentimiento de obligación de los padres al hilo del movimiento secular del descubrimiento moderno del niño. En nuestras sociedades individualistas el niño se ha convertido en el principio-responsabilidad de los adultos, en un vector primordial de reafirmación de los deberes de los padres. El niño es prácticamente rey y su felicidad legitima un conjunto de presiones y de exigencias que contrarrestan los derechos de autonomía de los individuos.

Respecto a esta situación habría que señalar que posibilitar la autonomía de los individuos no tiene por qué significar la disolución de los vínculos familiares, sino que más bien puede verse como una *oportunidad de instaurar unas relaciones más horizontales*, en las que la libertad de sus miembros pueda madurar y ejercerse de manera adecuada y progresiva. Si algo caracteriza la vida humana desde parámetros modernos es su reivindicación de realización de la libertad a todos los niveles. La familia no puede permanecer ajena a esta perspectiva. Por eso el poder paterno y materno, como en otras instituciones, debe ceder su paso a la autoridad paterna y materna, en el mismo sentido que se dice de alguien que tiene o posee autoridad. Una autoridad científica, intelectual, moral o humana es alguien que tiene un *reconocido prestigio e influencia* por su saber, por sus reflexiones, por su calidad moral o por su valía humana. La autoridad debería ejercerse en la familia dentro de esta dinámica. Cada uno de nosotros sabe por experiencia que sus padres han tenido o tienen una autoridad en la medida en que han destacado por algunas cualidades dignas de ser tenidas en cuenta o que no la tienen de ninguna manera si no han manifestado dichas cualidades. Y además, conviene recordarlo, una autoridad cumple su función precisamente cuando permite e incentiva de palabra y de hecho el desarrollo libre y creativo de las personas, en nuestro caso de los hijos. El poder «vence» (impone de hecho sus planteamientos), la autoridad «con-vence», da razones, abre un espacio común de libertad en el que asentimos y nos conven-

ceamos de lo que es valioso para nuestra existencia o merece la pena vivirse. Por eso los dictadores son temidos y «obedecidos» (aunque sea a regañadientes), mientras que las autoridades son reconocidas.

7. La idea de calificar las relaciones interpersonales por el amor es manifiestamente una «invención cristiana». No vamos a entrar ahora en el análisis pormenorizado de cómo se ha concebido y realizado esto a lo largo de nuestra historia, con sus luces y sus sombras. Con el paso del tiempo, en la edad moderna el amor encuentra en la pareja conyugal su expresión más rica: es a la vez don de sí, deseo del otro, amistad electiva. ¿Se puede proponer un modelo más rico de potencialidades?

Una cuestión decisiva es saber si este modelo es realizable o es una «apuesta estúpida», como sugieren algunos pensadores. P. Bruckner y A. Finkielkraut afirman en su libro *El nuevo Desorden Amoroso*: «El matrimonio de inclinación es una conquista reciente: desde hace poco tiempo los partenaires se eligen libremente y, rechazando cualquier otra consideración que no sea la sentimental, se casan sobre la base de un “te quiero”. Había un bello ideal en la base de esta “monogamia finalmente realizada” (Engels): reconciliar la institución terrena del matrimonio y la vocación metafísica del amor, es decir el concurso de dos seres en la formación de una totalidad. Ahora bien, ¿qué sucede ahora, cuando se han levantado los obstáculos exteriores a la realización del contrato amoroso y cuando la pasión se ha convertido de principio de turbulencia en principio de asociación? El amor liberado no mantiene la distancia [...] la pareja contemporánea es el desastre engendrado por esta apuesta estúpida»<sup>8</sup>. Pero, aun admitiendo que el propósito es demasiado exigente, ¿se puede afirmar tan rotundamente que sea algo estúpido, una ambición desmedida? Reconciliar el deseo y la ternura, la pasión y la duración, el placer y la institución, la espontaneidad y el proyecto, ésta es la ambición de este modelo que hace del amor el sentido y el cimiento de las relaciones interpersonales y especialmente de las relaciones conyugales y familiares.

El filósofo que examina la situación actual observa que nos encontramos con un conflicto de valores (o una tensión) muy nuevo: de un lado los antiguos valores de la conyugalidad fundada sobre el amor y de otro lado los nuevos valores ligados a la reivindicación de los derechos individuales. Parece que cada vez más los segundos tienden a alcanzar la primacía: la fidelidad a la que se compromete alguien por el matrimonio o la vida en común será comprendida en una amplia medida primeramente como una fidelidad a sí mismo, a su proyecto personal de vida. Esto lleva en ocasiones a que el amor tienda a alinearse sobre el registro de lo útil. El modelo económico alcanza la primacía sobre el modelo religioso (unidos ante Dios), social (la permanencia de la pareja asegu-

---

8. BRUKNER P. – FINKIELKRAUT A., *Le Nouveau Désordre amoureux*, Paris, Le Seuil, 1977, p. 139.

ra la permanencia de la sociedad) o incluso moral (responsabilidad respecto a los hijos).

Esto va ciertamente en la línea del amor-pasión, pero no en la del amor-don de sí. Ahora bien, el amor-pasión con frecuencia es incapaz de asumir la temporalidad, la duración donde debe poder inscribirse una relación para llegar a ser creadora de vida y de felicidad. La historia y la experiencia parecen mostrar que se llega a un impás ético cuando se oponen *eros* y *agapé*, amor posesivo y amor oblativo, cuando sería necesario articularlos de modo crítico. Por eso el amor habría que verlo no tanto como aquello que da sentido a las relaciones interpersonales, cuanto como lo que precisamente *las hace posibles* de verdad. Expresión de la compleja dialéctica antropológica entre necesidad y deseo, el amor debe profundizar en aquello mismo que lo constituye y pasar de un reconocimiento más o menos utilitario del otro al verdadero respeto. Y esta dinámica puede llevarnos hasta el imperativo ético supremo kantiano: «Actúa de tal manera que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin y jamás como un medio».

Para concluir este punto quisiera citar a Denis de Rougemont: «Se suele objetar que el matrimonio no sería más que la “tumba del amor”. Sería quizás más verdadero decir con Benedetto Croce que el “matrimonio es la tumba del amor salvaje” (y más comúnmente del sentimentalismo)»<sup>9</sup>. El amor «salvaje» despersonaliza a las personas (históricamente ha supuesto violación y poligamia). Por el contrario, la persona que ama no está falta de pasión, sino que rechaza imponerse al otro, rechaza una violencia que niega y destruye a la otra persona. Podríamos entonces definir el matrimonio con este autor como esta «institución que contiene la pasión no ya por medio de la moral, sino por medio del amor»<sup>10</sup> ¿Y si además *el amor fuera el sentido mismo de la moral*, su objetivo y aquello sobre lo que está fundamentada? ¿Y si finalmente la moral escucha la voz secreta del deseo humano más profundo, del deseo humano más constitutivo de sí?

**8.** Quisiera finalizar con un apunte ya esbozado, que nos permita trascender los límites de la familia: la dinámica del amor se expande hasta la universalidad. A veces hablamos de «familia humana», al referirnos a la humanidad. Evidentemente tiene un sentido alegórico, pero creo que también tiene una fuerte carga utópica de horizonte de sentido y de perspectiva de acción. ¿Por qué no extender las exigencias del amor al conjunto de la humanidad, al conjunto de los seres humanos? El impacto del cristianismo abrió una brecha histórica en este sentido. La filosofía también ha sido activa en este desarrollo. Os cito tres textos de filósofos de diferentes épocas y contextos ideológicos que así lo señalan. Baste su lectura para concluir esta conferencia.

9. DE ROUGEMONT D., *L'Amour et l'Occident*, Paris, Plon, 1956, p. 264.

10. ID., p. 266.

Séneca: «La Naturaleza nos ha hecho a todos parientes, trayéndonos de un mismo origen y destinándonos al mismo fin; ella nos ha infundido el amor mutuo y nos ha hecho sociables; ella ha establecido lo justo y lo injusto; por decreto suyo es más miserable dañar que ser dañado»<sup>11</sup>.

«Esté de continuo en nuestro corazón y en nuestra boca aquel verso: “Hombre soy, de lo humano nada estimo ajeno a mí”. Unámonos estrechamente: todos nacimos para estar en común»<sup>12</sup>.

Montesquieu: «Si yo conociera algo que me fuera útil y fuera perjudicial para mi familia, yo lo rechazaría de mi espíritu. Si yo conociera algo que fuera útil para mi familia y que no lo fuera para mi patria, yo intentaría olvidarlo. Si yo supiera de algo que fuera útil a mi patria, pero que fuera perjudicial para Europa y para el género humano, yo lo miraría como un crimen».

Kant: «El más elevado entre todos estos deberes es el respeto por el derecho de los demás. Estoy obligado a respetar el derecho de los demás y a considerarlo como sacrosanto. No existe en el mundo entero nada más sacrosanto que el derecho de los demás, el cual es sagrado e inviolable. ¡Ay de aquel que ofenda o pisotee el derecho de los demás!»<sup>13</sup>.

«El fin universal de la humanidad es la suprema perfección moral; si todos quisieran comportarse de tal modo que su conducta se compadeciera con esta finalidad universal, se alcanzaría con ello la perfección suprema. Cada cual se ha de esforzar individualmente por adecuar su comportamiento a esta meta. [...] Cuando la naturaleza humana haya alcanzado su pleno destino y su máxima perfección posible, se instaurará el reino de Dios sobre la tierra, imperarán entonces la justicia y la equidad en virtud de una conciencia interna y no por mor de autoridad pública alguna. Esta es la suprema perfección moral que puede alcanzar el género humano, el fin último al que se halla destinado, si bien sólo queda esperararlo tras el transcurso de muchos siglos»<sup>14</sup>.

Y acabemos con un cuento judío que a mí me resulta altamente esclarecedor para mostrar lo que queremos señalar: «Un viejo rabino preguntó una vez a sus alumnos cómo se sabe la hora en que la noche ha terminado y el día ha comenzado. ¿Será, dijo uno de los alumnos, cuando uno puede distinguir a lo lejos un perro de una oveja? No, contestó el rabino. ¿Será, dijo otro, cuando puedas distinguir un almendro de un melocotonero? Tampoco, contestó el rabino. ¿Cómo lo sabremos entonces?, preguntaron los alumnos. Lo sabremos, dijo el rabino, cuando, al mirar a cualquier rostro humano, reconozcas a tu hermana y a tu hermana. Mientras tanto, seguiremos estando en la noche».

11. SENECA, *Tesoro de máximas, avisos y observaciones*, Traducción de José Manuel García de la Mora, Barcelona, Círculo de Lectores, nº 356, p. 100.

12. ID., nº 363, p. 101.

13. KANT I., *Lecciones de ética*, Barcelona, Crítica, 1988, p. 237.

14. ID., pp. 301-303.

La realización efectiva, histórica, social y personal de la fraternidad, de la hermandad, de la solidaridad supone amanecer personalmente y como humanidad. ¿Bello sueño?, ¿utopía sin sentido?. ¿Por qué no pensarlo más bien como el despliegue efectivo de nuestro enigma más íntimo, como la tarea práctica de nuestro dinamismo más profundo?